

EDITORIAL

Los precios, por las nubes

Mientras los grupos económicos y las centrales sindicales realizan su labor de crítica de la política económica anunciada por el Gobierno, el consumidor continúa, como en tiempo de los anteriores equipos gubernamentales, vapuleado entre la declaración de intenciones de una amplia serie de medidas que —dicen— van a ser capaces de frenar la inflación y el paro y otras realidades muy concretas, que ya están presionando muy en serio el presupuesto familiar, a saber: la devaluación de la peseta y las continuas subidas de precios en productos de primera necesidad o en otros de gran repercusión en el conjunto de la cesta de la compra, y todo ello esta vez con el agravante psicológico de una temida restricción salarial que disminuirá el poder adquisitivo al no ir acompañada de una contención de precios en productos de primera necesidad.

Al hablar de las subidas de precios a las que estamos asistiendo hay que distinguir entre las que se proclaman oficialmente, con algún tipo de explicación más o menos convincente o lógica, y otras subidas, muy numerosas según la experiencia del ciudadano normal, que se producen sin previo aviso, en proporciones desconcertantes y sin que nadie las justifique sobre la base del correspondiente alza en los costes de producción. No nos estamos refiriendo a la enorme subida experimentada en estos últimos días como consecuencia del conflicto pesquero o de la huelga de transportes por carretera. Se trata, en general, de la mayoría de los productos que compra normalmente una familia para su alimentación, vivienda y vestido, que vienen subiendo, casi sin interrupción, desde hace muchos meses, sin que se pueda ver el final de este proceso. Frente a tal situación, el consumidor continúa sin tener una defensa eficaz o, al menos, un instrumento a través del que pueda exigir explicaciones detalladas y convincentes. El propio ministro de Comercio acaba de reconocer la necesidad de potenciar al consumidor, pero apunta que eso debe hacerse desde abajo y no por decreto.

Sobre este candente tema de los precios, una de las primordiales preocupaciones del ciudadano español, hemos definido muchas veces nuestra posición. En primer lugar, creemos que hay subidas que tienen justificación, porque ciertas materias primas suben y sería suicida, incluso para el trabajador, condenar a muerte a la empresa en la que tiene su puesto de trabajo y su medio de vida. Muy en especial hay que proteger al amplio sector del pequeño comerciante. En cualquier caso, toda subida debe justificarse con claridad convincente ante el público. Sin embargo, la tarea del Gobierno consiste precisamente —y para ello debe hacer funcionar instrumentos como la Comisaría de Abastecimientos— en evitar al máximo aquellas subidas que tienen una repercusión prácticamente general y, si de verdad son inevitables, debe encontrar la manera de que los productos de primera necesidad queden a salvo de alzas que los conviertan en inasequibles para una buena parte de las familias, sea protegiendo especialmente esos productos, sea interviniendo eficazmente para atajar algunas conocidas pretensiones empresariales de mantener constante el porcentaje de beneficios —a veces excesivo— suban lo que suban las materias primas. Si los tiempos son difíciles, todos han de participar en las restricciones, y no sólo los consumidores. Condición indispensable, además, es la reforma de las estructuras comerciales.

Por otra parte, la situación política española, al menos formalmente, ha cambiado. Ahora tenemos una oposición que, en temas de interés común y nacional como el que ahora comentamos, no puede limitarse a practicar la política que interese a su partido, sino que debe demostrar al país no sólo lo que a su juicio plantea mal el Gobierno, sino las fórmulas que considera mejores para resolver los problemas. Y no sólo con globalidades a largo y medio plazo, sino también con sugerencias de aplicación inmediata. En efecto, ya estamos viendo que los precios para subir no esperan a que los grandes planes de acción estén rematados y preparados para su realización.

HUMOR DE HOY



COLABORACIONES

Pluralismo y solidaridad

ADOLFO MAILLO

La situación económica del país ha puesto al Gobierno Suárez ante la necesidad de proceder a la adopción de medidas diversas, entre las cuales una de las más destacadas es la reforma fiscal. En sus declaraciones a la prensa, tanto el vicepresidente para Asuntos Económicos como el ministro de Hacienda han hecho algunas puntualizaciones importantes en relación con su urgencia y su fundamentación.

El señor Fuentes Quintana ha dicho, entre otras cosas: «Si no reina la justicia en el reparto, no habrá clima moral de convivencia, ni auténtica participación en el esfuerzo. Y eso es indispensable para superar ahora la crisis y para seguir progresando después.» Esta invocación a la justicia, virtud que, según el padre Rivadeneyra, biógrafo de San Ignacio, «ata el Cielo y la Tierra y es el vínculo natural de las sociedades hasta el punto que sin ella no puede subsistir ni una cuadrilla de ladrones», corre el riesgo de pasar por una apelación al tópico en un país donde los grandes conceptos, a fuerza de ser repetidos sin contrapartida en la praxis cotidiana, se vacían de sustancia convirtiéndose en entes de razón.

La justicia, es obvio, encuentra en su camino múltiples resistencias generadas por el egoísmo de los más y por el poder de algunos. Los politólogos modernos han contribuido a difundir la idea de que el poder afecta solamente a los titulares de la autoridad pública, en sus diversas ramificaciones administrativas y políticas, siendo así que los documentos de otras épocas, más clarividentes, extienden mucho más tal acepción, incluyendo en la esfera del poder a cuantos tienen medios para imponer a otros conductas muchas veces no queridas, y a todos ellos los denominaban los «poderosos».

Pero la justicia, además, es el juego nutricional de una fuerza social capaz de otorgar unidad de dirección a las varias manifestaciones y orientaciones de un pluralismo que hoy constituye el «deus ex machina» de la democracia. Esa fuerza, tanto más necesaria cuanto que un pluralismo recién entrenado puede impedir radicalmente cualquier forma de unanimidad social, es la solidaridad.

Lo ha puesto de relieve el señor Fernández Ordóñez, cuando ha declarado: «Yo diría que el sistema fiscal es una de las piezas que permiten legitimar éticamente una economía de mercado. Podemos defender el sistema de la economía libre, a condición de que funcione bajo el principio de la solidaridad.» El ministro de Hacienda ha añadido que para conseguirla «es necesaria una «ruptura fiscal», consistente en una sacudida moral que nos coloque en un plano distinto».

Esa sacudida moral implica una revolución mucho más profunda que la postulada por las algaradas callejeras y aun por todas las explosiones en que sobreabunda una actualidad literalmente selvática, ya que exige nada menos que un «salto cualitativo» para el español pase de una burguesía y acomodaticia ética individual y egoísta a una moral social y comunitaria (algo que aquí no ha florecido

nunca... y así nos luce el pelo de los fraudes, fiscales y de los otros). Tal revolución puede propiciarse desde el poder; pero reclama la colaboración estrecha de todas las fuerzas sociales capaces de actuar como palancas de una transformación del clima psicológico, de manera que los perfiles del deseable liden con los rasgos seductores con que se adorna la utopía.

Su extrema dificultad entre nosotros, aquí y ahora, viene probada por dos síntomas que conjugan su energía en el vértice común de la protesta. Las organizaciones sindicales se niegan a soportar solas el peso de los sacrificios que las medidas económicas imponen en nombre de la justicia y los empresarios se estremecen ante la promesa hecha por el ministro de Trabajo de una «democracia social y económica», acusando a Jiménez de Parga de sembrador de confusiónismo y desconcierto al afirmar que «en el mundo capitalista, el ciudadano elige al gobernante, pero no al que dirige la empresa ni al que pueda fiscalizarle, siendo un simple súbdito». La constatación de un hecho irrefutable ha molestado a la Confederación de Empresarios, que la considera «como un obstáculo serio para el necesario entendimiento».

Todo ello revela que, si bien la democracia nace y crece bajo el signo del pluralismo, más allá de él es imprescindible que existan instancias y valores de común apelación sin los cuales las ideas dispares y, sobre todo, los intereses contrapuestos, corren el riesgo de dar al traste con el progreso económico y social, y aun con la pacífica convivencia civil.

Esas instancias no son otras que las presididas por la justicia y la solidaridad, entidades mucho más mencionadas que seguidas en esta doliente y dramática piel de toro. Pues no basta decir que «España es lo importante» si vivificando ese nombre no rigen la existencia de los españoles las virtudes sociales que cimentan la comunidad nacional.

Las medidas adoptadas para el saneamiento de nuestra economía constituyen el mejor «test» para calibrar la medida que en esas virtudes movilizan el espíritu español. La medida, pues, en que anuncian un futuro apoyado, más que en históricas soflamas, en realidades contantes y sonantes.

Apretémonos el cinturón; pero todos y cada cual en la medida de su cintura económica. ¿Irán de veras esta vez o como en tantas «ocasiones perdidas», los «obstáculos» tradicionales (los aludidos por Olózaga a mediados del siglo XIX y los surgidos después) esquivarán de nuevo su contribución al sacrificio colectivo? La evasión de capitales indica que tales obstáculos siguen trabajando contra la justicia y la solidaridad, no obstante su autocualificación de sectores depositarios de las «esencias españolas». Sería desolador que tales esencias tuvieran semejantes títulos... Masivos exilios serían entonces la única respuesta adecuada.

ESPERANZA A CACHOS

ANTONIO BELLIDO ALMEIDA

Si, a cachos, como decimos por aquí. Recibimos a cachos la esperanza. Y las promesas, aunque éstas durante la campaña electoral las recibimos a sacos. Y a sacos llenos o vacíos, depende, hemos tenido el hambre, el paro, la marginación, la pobreza, la emigración. La incultura, la insolidaridad, los caciques, los cotos, etc.

Y tan acostumbrados hemos estado a esto, porque somos animales de costumbres, que pienso, mal pensado tal vez, que si no nos despiertan la «envidia» las zonas ricas y privilegiadas con sus nuevas demandas, seguimos en este oeste sin pistolas tan calladitos como siempre.

Tan acostumbrados a migajas de promesas y a soñar sin esperanzas que ahora cuando parece que están al alcance de la mano medidas en serio para por lo menos paliar el paro y el hambre casi no nos lo creemos.

Dicen los que saben que vienen un buen puñado de millones para dar trabajo y quitar hambres y zozobras. Dicen los que saben que esta vez va en serio. Y Dios quiera (que sí quiera) y la Administración que llegue todo lo prometido y que llegue cuanto antes. Y que llegue sin recortes. Porque por aquí somos tan majos que somos capaces de montar una oficina de empleo con una serie de personas al frente que, claro, se llevan el presupuesto en las nóminas de su propio trabajo de dar trabajo.

Aquí estamos tan escarmentados que los dedos se nos hacen huéspedes y la esperanza fantasmas. Aquí hemos visto cómo el paso del tiempo borraba la nube de las promesas. Aquí oímos aquello del Plan Hurdes con despliegue de aviones (mejor hubiera sido por carretera; por cierto, ¿ya se ha acabado el dinero de la N-630 a su paso por Almendralejo? Por aquí pasaba, pasa desde hace muchos años cuando parecía que iba en serio y dicen las malas lenguas que se arruinó el contratista y quedó sin terminar y en sus espaldas una letanía de muertos en tiempos de lluvias).

Aquí vimos desaparecer minas, empresas, cooperativas, posibilidades a pesar de las promesas de «hemos tomado muy buena nota de ello». Aquí hemos visto a vuelo de pájaro, de avión, ministros contemplando los destrozos de las heladas y están helados de esperar los que vieron sus esperanzas rotas y un poco con eso renacidas.

Aquí oímos eso de SODIEX, una palabra horrible, que nadie entendía, pero que, según los entendidos, traía detrás una lluvia de millones para el desarrollo y hasta estas santas horas sólo sabemos que Julio Cienfuegos se ha cansado de esperar y se ha ido.

Aquí estamos, los pocos que quedamos en esta tierra suroeste sin pistolas y con la esperanza por los suelos.

Y ahora parece que va en serio. Pero uno no se fía, no echa las campanas al vuelo, entre otras cosas porque nuestras campanas están más acostumbradas a tocar a despedida que a bienvenida, a muerto que a gloria.

Abrimos un poco la puerta entornada de esperar y decimos: bienvenidos esos veinte mil millones y más. Y que lleguen pronto y que lleguen todos. Y que no lleguen los intermediarios con las manos limpias y el bolsillo abierto. Que haya justicia y transparencia.

Que sirvan de provecho. Que no se tiren. Que se haga racionalmente. Que se vea su utilidad; la primera, barrer el hambre. Que se procure emplear ocupando la mayor parte en la mano de obra, en toda la mano de obra parada y al mismo tiempo en trabajos a ser posible que sigan absorbiendo esa mano de obra cuando los millones se consuman.

Y también que acaben de aterrizar esas fábricas ya aprobadas en el «B. O.», porque esa es la única manera de desterrar este fantasma del paro. Y aquí, un homenaje a esos hombres que han sabido esperar contra toda esperanza. Y esos otros de la oposición y de la Administración —que también los hay, me consta— que han luchado lo indecible por que esto sea realidad.

Y para terminar, aquí, en Almendralejo, se están dando pasos de entendimiento y programación de empleo que bien pudiera servir de ejemplo. Empresarios, Administración, centrales sindicales y obreros.

De nuevo la esperanza, aunque a cachos.